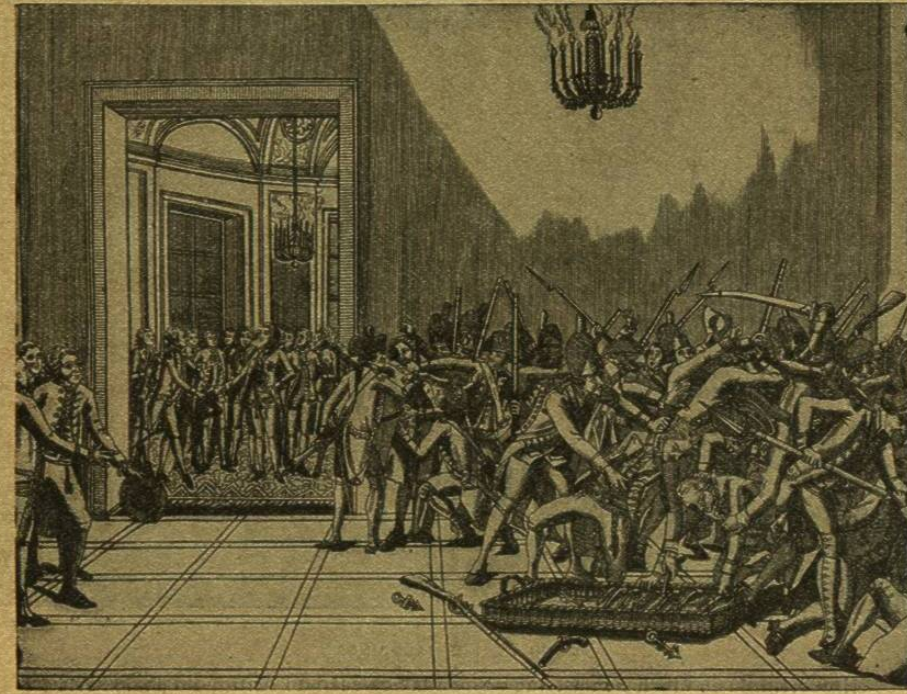


todavía mandado por nobles, enemigos más ó menos encubiertos de la Revolución, y que el rey mismo, quisiera ó no, era forzosamente el cómplice y el jefe virtual del ejército de los emigrados. Los campos de ataque se habían formado en la proximidad de la frontera, en Turín y en Tréveris, y de ambos lados las comunicaciones se hacían casi libremente: hasta los oficiales recibían sus pensiones y el Estado



Gabinete de las Estampas.

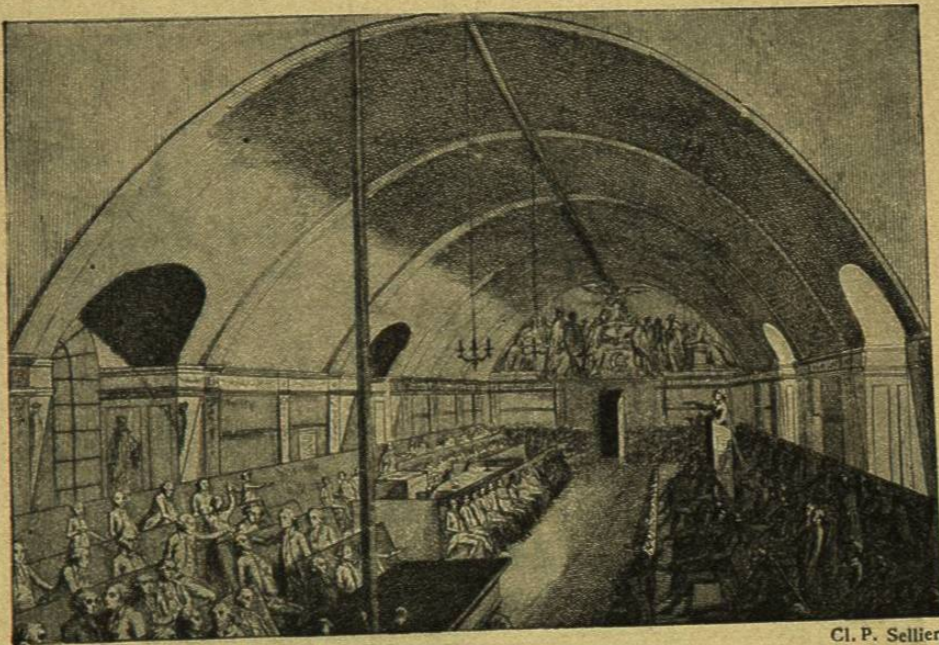
LOS CABALLEROS DEL PUÑAL

desarmados en presencia de Luis XVI (Febrero 1791).

pagaba los uniformes y los caballos; no se sabía dónde comenzaba ni dónde acababa Francia, y para Luis XVI estaba ciertamente lejos de París: allá tropas sólidas, fieles Alemanes le esperaban para reconducirle triunfalmente á su capital temblorosa y desarmada.

Por eso trató de huir: había ya recorrido en silla de posta más de las tres cuartas partes del camino, hacia el campo de Montmedy, desde donde hubiera podido dar la mano á los emigrados de Tréveris, cuando fué reconocido y devuelto desde Varennes á su palacio de las Tullerías (1791). El golpe fatal se había dado. Desde entonces

el rey y la reina, más que sospechosos de haber hecho traición á la nación, no podían esperar ya reconciliarse con Francia, y cualesquiera que fuesen los testimonios de respeto y los juramentos de patriotismo cambiados de una parte y de otra, la ruptura conducía al proceso y á la sentencia contra Luis XVI, que fué ejecutado en 21 de Enero de 1793.



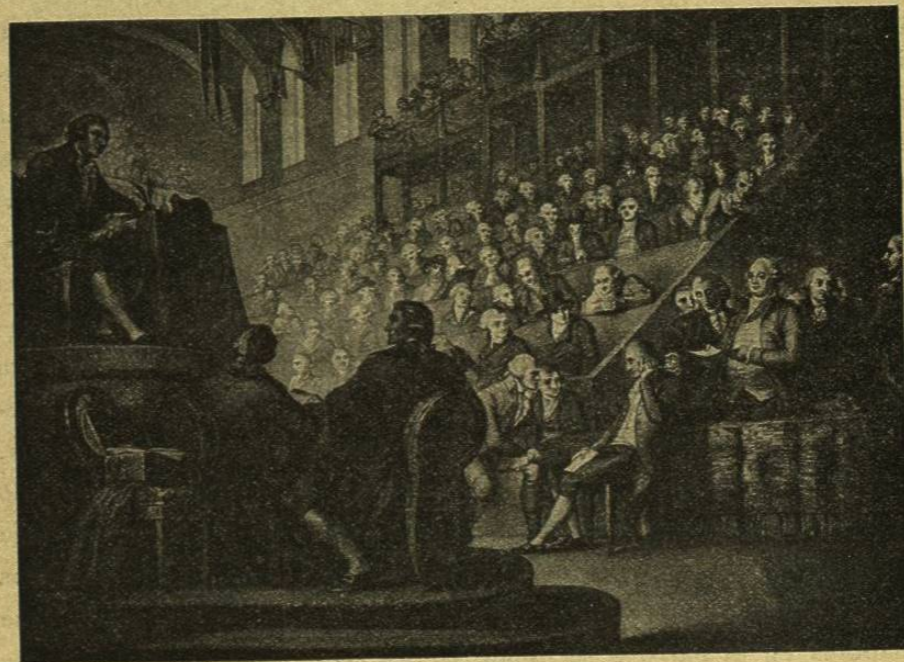
Cl. P. Sellier.

CLUB DE LOS JACOBINOS

Hoy dividido en muchas salas, que ocupan la Sociedad de Antropología de París y sus colecciones.

Ese acontecimiento excitó el furor de la Europa monárquica, sobre todo de Inglaterra, que había de hacerse perdonar la ejecución de Carlos I. Por lo demás, asesinato por asesinato, el primero fué grandemente excedido por el segundo en importancia simbólica. La revolución inglesa no fué en la historia más que un hecho de orden insular, nacional, una disputa entre sectas, en tanto que la muerte de Luis XVI fué un desafío lanzado á todos los monarcas. La Revolución francesa, al proclamar los Derechos del hombre, tomó un carácter mundial, y en nombre de todos los pueblos oprimidos guillotiné á su rey: se trataba en Francia de una lucha entre dos principios, la monarquía reputada de origen divino y la libertad de

todos los hombres virtualmente iguales desde su nacimiento. Luis XVI resultó ser la víctima representativa de todo el antiguo régimen, de todas las supervivencias por mucho tiempo consideradas como santas, y los emigrados franceses que hacían armas contra su patria, implorando contra ella á los gobiernos extranjeros, eran lógicamente los defensores de la causa común de todos los privilegiados



Gabinete de las Estampas.

LUIS XVI ANTE LA CONVENCION

de Europa. Sobre los diversos Estados y sus variables fronteras, se cernían, como en las leyendas antiguas, los dos espíritus que se disputaban el mundo.

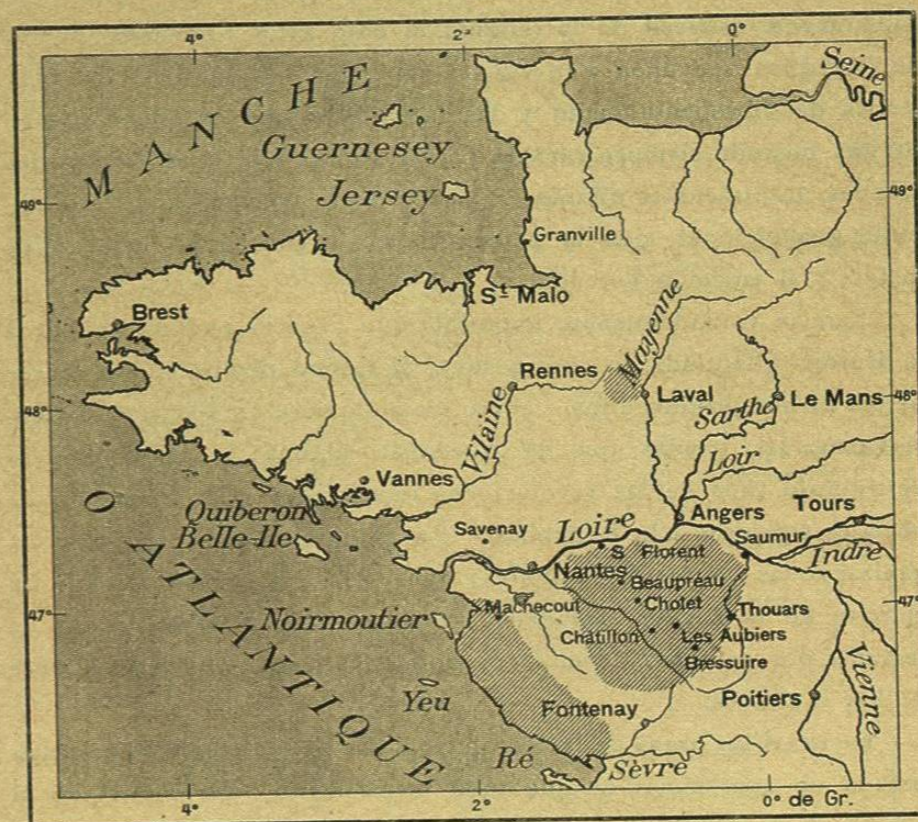
Francia, como nación, se hallaba entonces en una situación que parecía desesperada. En el Oeste, los curas y los nobles habían logrado sublevar los campesinos contra los burgueses de las ciudades, quienes, por su parte, se habían agregado con entusiasmo al número de los amigos de la Revolución. De ese modo, los viejos rencores, á los que se unía entre los rudos agricultores el justo descontento causado por la arrogante centralización parisién, habían hecho surgir de nuevo la guerra cruel que existía antiguamente

entre las ciudades latinizadas, cristianizadas, y los campesinos que permanecían paganos. De siglo en siglo se había conservado esa división; aunque los antiguos adoradores de las piedras levantadas hubiesen aprendido á prosternarse en las iglesias, la enemistad había persistido entre las dos castas. El odio de la gabela y otros impuestos aglomerado en los corazones de los campesinos, se exhalaba á la sazón contra los «azules», y el anuncio de una reclutá de 300,000 hombres fué como la chispa aplicada á la pólvora. En realidad, los «chouanes» eran federalistas, y no hacían más que satisfacer su viejo instinto republicano yendo á «cazar perdices» en compañía de sus hidalgos, medio campesinos como ellos. Cadoudal dijo la palabra justa á un oficial recién desembarcado: — «Amigo, id á decir á los príncipes que aquí nos batimos por algo mejor que ellos».

El desorden caótico de la provincia había dejado á la guerra tiempo para prepararse, y fué tanto más difícil reprimir la sublevación, sobre todo en la Vendée, cuanto que la naturaleza del país era de las más propicias á las emboscadas y á las sorpresas. Un laberinto de cercados cuyos rodeos solamente conocían los indígenas, colinas recortadas por pliegues y valles, sin ningún observatorio natural desde donde pudiera alcanzarse una vista de conjunto sobre la comarca; mil, cien mil desfiladeros formados por aquellos caminos huecos donde se marcha por cornisas labradas sobre las rocas, ó se chapotea en el barro ó se hunde en los pantanos; por todas partes campos cultivados por fragmentos, prados, que eran otros tantos reductos fortificados, ocultos entre arboledas de ramas entremezcladas; por todas partes troneras entre las hojas desde donde se podía tirar sin ser visto; á cada instante y de todos los puntos del terreno, señales imitando los sonidos del campo, el canto lejano de un ave, el batir de unas alas, el rumor del insecto que socava los troncos de los árboles. Aquellos ruidos tranquilizadores eran otros tantos peligros de muerte.

Luego, al otro lado de Francia, resuenan los rumores de la gran guerra, que anuncian los cuerpos de ejército, los regimientos en línea, las baterías de cañones, los viejos generales de Federico II. Todos los gobiernos de Europa se mueven sucesivamente contra Francia, culpable de haberles arrojado en desafío la cabeza de su rey. Prusia, Austria y otros Estados aliados suministran las tropas, guiadas

N.º 430. Teatro de la guerra de la Vendée.



1 : 4 000 000
0 50 100 200 Kil.

Los principales distritos de la insurrección vendeana están rayados según Vidal de La Blache.

Las primeras acciones de guerra son las de Saint-Florent, de Beaupréau, de Les Aubiers (25 de Abril de 1793), de Cholet, donde los Vendeanos quedaron victoriosos. Bressuire, Thouars, Saumur (6 Junio) fueron ocupados por ellos, pero Nantes resistió y los insurrectos entraron en sus acantonamientos, que supieron defender durante varios meses contra los ejércitos de la Convención. Por último fueron derrotados en Chatillon y luego en Cholet (17 de Octubre). Entonces tuvo lugar la lamentable expedición hacia Granville para dar la mano á los Chouanes del Mayenne y á los Ingleses. A la vuelta los Vendeanos fueron derrotados en el Mans, después en Savenay (23 de Diciembre).

La guerra, que principió, por la parte de los Blancs, por las matanzas de Machecoul (Marzo-Abril de 1793), terminó con los ahogamientos de Nantes y la devastación de la Vendée por las «columnas infernales», pero la guerra de emboscada duró hasta 1796.

El desastre de Quiberon data de Junio-Julio de 1795.

por los nobles emigrados, mientras Inglaterra suministra los subsidios. Fórmase una nueva cruzada contra la nación francesa y, sin contar el furor vindicativo del clero, no faltó el entusiasmo religioso en aquella

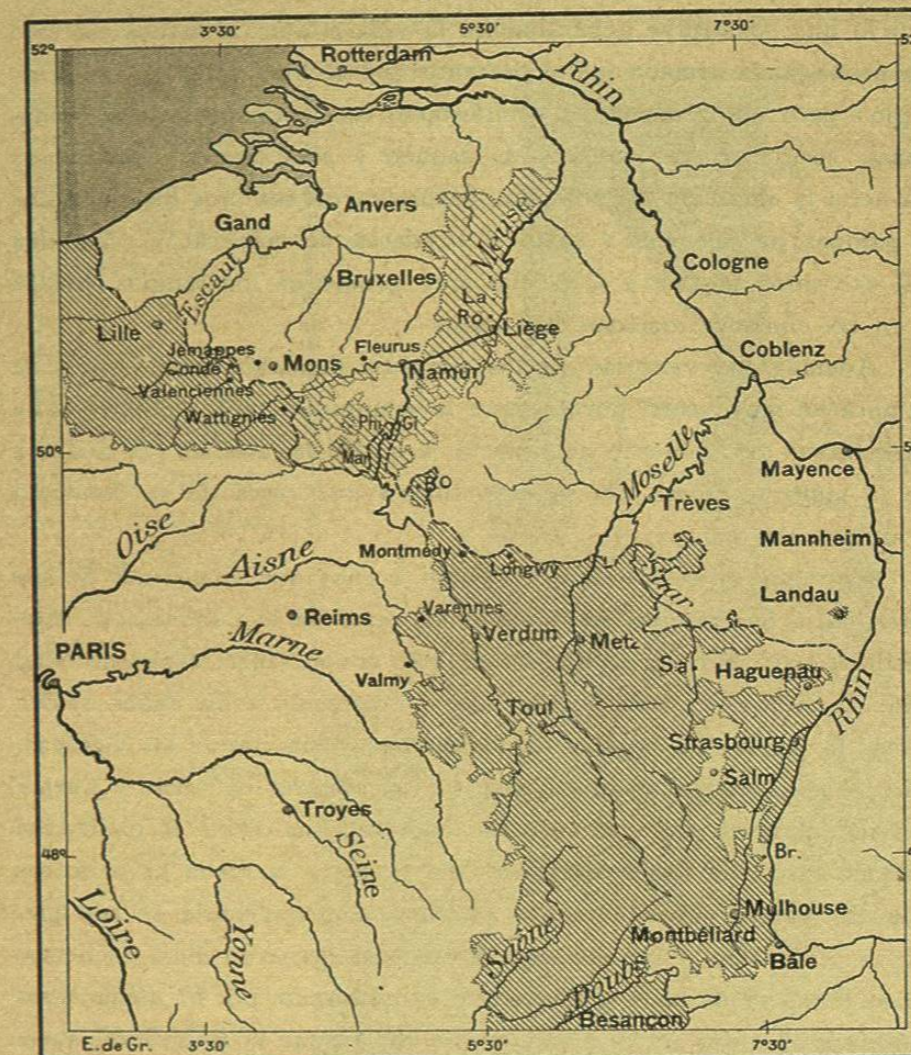
guerra santa. En muchas familias británicas constituía una parte verdaderamente esencial de la religión el odio á los Franceses, pueblo de libertinos que unen á la vez las supersticiones católicas, las blasfemias del librepensamiento y las frivolidades del mundo elegante. Se han buscado siempre razones para justificar los odios, y más que razones, inspiraciones divinas. Quedó, pues, convenido, y esto durante generaciones, que el patriotismo y la piedad no dejaban de maldecir al enemigo hereditario.

Parecía verdaderamente imposible que Francia pudiera resistir á la Europa conjurada en contra suya, al mismo tiempo que á la rebeldía de sus propios hijos. ¿Pero tenía siquiera un ejército? ¿Conservaban las bandas que le quedaban alguna cohesión en ese vertiginoso caos de las revoluciones interiores y bajo el mando de oficiales traidores á la República? En plena guerra había que reorganizar todas las fuerzas militares; transformar el ejército del rey en ejército de la nación; levantar, instruir y disciplinar las masas de reclutas por centenas de millar y oponerles á los sólidos batallones de los invasores.

De todas las obras de la Revolución, fué precisamente ésta, desesperada en apariencia, la que tuvo mejor éxito. El centro de la guerra se desplazó rápidamente: de la Francia nor-oriental, donde había comenzado la lucha, el conflicto fué trasladado á Bélgica y á Alemania; los acontecimientos se sucedieron con la rapidez de una erupción volcánica. Esos grandes éxitos militares, que consternaban á la reacción europea, hubieran debido tranquilizarla por el contrario, porque eran debidos á que el movimiento de la Revolución estaba ya desviado, separado de su objeto. De propósito deliberado y para fines políticos se procuró dirigir el ardor de la nación hacia la pasión de las batallas.

El impulso á que obedecieron los Franceses de la Revolución fuera de sus fronteras era del mismo orden complejo que el que originó el movimiento de las Cruzadas, cuando caballeros, monjes y campesinos lanzados á la liberación del Santo Sepulcro se daban cándidamente como pretexto la fe religiosa para satisfacer su pasión de guerra aventurera. Ciertos sentimientos elevados se mezclaban en parte al impulso que llevó á tantos jóvenes á la frontera. Algunos

N.º 431. Las guerras de la Revolució.



1 : 4 000 000

0 50 100 200 Kil.

Los rayados estrechos cubren el territorio que Luis XIV y Luis XV añadieron al reino de Francia. El distrito de Montbéliard obedecía al Wurtemberg, los de Brisach, Salm, Saar-Union y Haguenau, á diversos príncipes alemanes; Mulhouse estaba unida á los cantones suizos; Landau, Philippeville, Mariemburgo y Bouillon formaban parte de Francia.

El obispado de Lieja está cubierto de rayas espaciadas. La = Lawfeld y Ro = Rocourt son lugares de batalla de la guerra de Siete años.

se creían heraldos de justicia y de libertad, pensando en la emancipación de sus hermanos de ultra-Rhin y del otro lado de los Alpes. Es posible que en su conjunto el ejército republicano estuviera algo

vagamente penetrado de ese ideal, hallándose así á mayor elevación que lo que constituye generalmente la vida militar, al menos ese celo de propaganda armada fué el pretexto que se hizo valer en un principio; pero no tardaron en manifestarse las costumbres de la soldadesca, surgieron los instintos de saqueo y asesinato y, considerada ya lícita la ambición del soldado, deslumbraron sus ojos los bordados y galones de sus jefes y hasta el «¡bástón de mariscal!». La idea del «ternario sagrado» se perdió muy pronto en los campos talados y en las ciudades tomadas por asalto.

Además, las victorias de los ejércitos llamados republicanos se compraron muy caras, porque ante la inminencia de los peligros que amenazaban, el gobierno de Francia, á quien impulsaban los rumores de la multitud, tomó «la salud pública» por regla de su conducta y sanción de sus actos¹.

Así como antes los clérigos tenían á Dios por único juez de sus actos hacia los herejes, así también los jefes de la Convención, convertidos en dueños de la República, sólo creían tener responsabilidad ante su íntimo sentimiento del bien. Obedecían á un deber único: salvar la patria, sin reparar en los medios y sin contar las víctimas. Pero el gobierno se compone siempre de hombres de carne y hueso, con sus instintos, sus pasiones, sus amores y sus odios: la naturaleza humana hizo que los detentadores del poder y la turba de parásitos que les rodeaba viesan enemigos públicos principalmente en sus enemigos personales, y las ejecuciones sumarias debieron muy frecuentemente fundarse en datos y juicios falsos, resultando, por un monstruoso contrasentido, que en el momento preciso en que la República, sucediendo á la monarquía, pretendía constituir el derecho humano y proclamar como regla primera el respeto de la libertad individual, el nuevo régimen procedió, por el contrario, en sentido inverso de su principio, y tomó por axioma que la vida de un miembro de la comunidad carecía de importancia para la comunidad misma: algunas gotas de sangre más ó menos.

Tal fue la época llamada del «Terror», no porque en esos dos años que comenzaron en las matanzas de Septiembre de 1792 hubiera

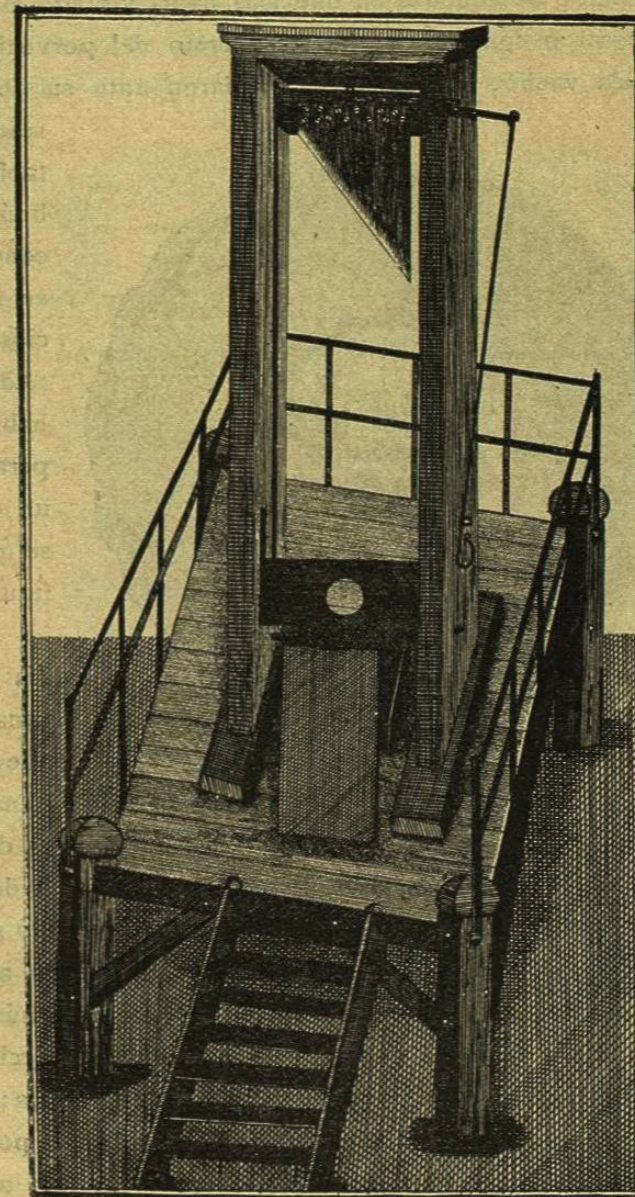
¹ Théodore Duret, *Revue Blanche*, 15 Marzo 1901, p. 419.

más ó menos víctimas que en muchas épocas anteriores — la historia de Francia y la de otros países refieren muchos acontecimientos

durante los cuales la sangre se derramó en mayor abundancia, — sino porque esta vez la sangre vertida fué la de un rey, de sacerdotes y de nobles: de ahí el epíteto de «terrible» dado particularmente á aquellas jornadas de venganza, en que la clase de los opresores vió el hacha volverse contra sí.

Sin embargo, aquel movimiento de reacción, fenómeno de retribución tan normal en una masa inconsciente, tuvo para la Francia republicana, que nacía á la vida moral, los más funestos resultados. Mientras que entre los ciudadanos, los unos se acostumbraban

á la vista de la sangre, á las denuncias, á las prácticas policíacas, y se agrupaban de antemano al séquito de un déspota cualquiera;



Gabinete de las Estampas.

Biblioteca Nacional.

«LA VERDADERA GUILLOTINA ORDINARIA ES
EL MÁS FIRME SOSTÉN DE LA LIBERTAD»